







SECCIÓN DE ANUNCIOS

Dentistería Moderna

EL DR. R. BARRERA GOMEZ MEDICO-CIRUJANO-DENTISTA AMERICANO

DE LAS FACULTADES DE PHILADELPHIA Y NEW-YORK

Acaba de llegar á esta ciudad con todos los adelantos conocidos en la profesión y ha abierto su GABINETE DENTAL en la calle Génova, número 33, en donde ofrece á V. sus servicios profesionales.

Trabajos garantizados de primera clase y precios equitativos.

HORAS DE OFICINA DE LAS 10 DE LA MAÑANA A LAS 5 DE LA TARDE Sevilla, Génova núm. 33

CREMA DE LA BELLEZA DE NINÓN DE LENCLÓS

Magnífico preparado para blanquear, aterciopelar y dejar el cutis terso y macarado. Utilizable también, con gran éxito, contra el herpes, erisipelas, manchas, granulaciones, etc.

La Previsión Española COMPAÑÍA DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS Á PRIMA FIJA

CAPITAL: 2.000.000 DE PESETAS DOMICILIO SOCIAL: SEVILLA, ORFILA 9. Esta compañía asegura toda clase de muebles é inmuebles, ya sean rústicos ó urbanos, incluso las cosechas de cereales y paja de las miesmas, siendo sus tarifas de las más económicas que existen.

Don Francisco N. Nogales, dibujante y director de

LA MARIPOSA Es el único taller donde se hacen dibujos para toda clase de bordados y labores. Se dibuja en todas las telas y se pinta en raso y terciopelo. Se dan lesiones á precios módicos. Las horas de clases, de 3 á 5 en este taller.—BAILEN, 19.

Ferro-carriles

HORAS DE ENTRADA Y SALIDA DE LOS TRENES SEGUN EL MERIDIANO DE MADRID Salen de la estación de San Bernardo.—Para Jerez, Sanlúcar y Cádiz, 7:15 mañana y 3:16 tarde.—Para Málaga y Granada, 10:20 mañana.—Para Alcalá y Carmona, 6:20 mañana y 4:45 tarde.—Para Alcalá solo, 12:15 tarde y 9:15 noche. Para Morón, Marchena, Osuna y Ecija, 6:2 tarde.—El exprés para Cádiz sale de Sevilla los martes, jueves y sábado á las 9:38 mañana. Llegan á la estación de San Bernardo.—Procedentes de Jerez, Sanlúcar y Cádiz, 10:19 mañana y 8:11 noche.—Procedentes de Málaga y Granada, 4:5 tarde.—Procedentes de Alcalá y Carmona, 10:38 mañana y 8:5 noche.—Procedentes de Alcalá

solo, 4:40 mañana y 5:45 tarde.—Procedente de Morón, Marchena, Osuna y Ecija, 9:30 mañana.—El exprés de Cádiz llega á Sevilla los martes, jueves y sábados á las 3:1 tarde. Salen de la estación de la plaza de Armas.—Para Huelva, 6 tarde y 6:40 mañana.—Para Mérida, 5:50 mañana.—Para Córdoba y Madrid, 12:25 mañana y 3:50 noche.—El exprés para Madrid sale de Sevilla los martes, jueves y sábado á las 6:10 tarde. Llegan á la estación de la plaza de Armas.—Procedentes de Huelva, 10:6 mañana y 8:25 noche.—Procedente de Mérida, 7:58 noche.—Procedentes de Córdoba y Madrid, 3:15 tarde y 6:40 mañana.—El exprés de Madrid llega á Sevilla los martes, jueves y sábado á las 9:25 mañana.

A LOS ANUNCIANTES

En estas columnas encontrarán los anunciantes grandes ventajas desde el momento en que

EL NOTICIERO SEVILLANO cuenta con poderosos medios de propaganda y tiene corresponsales en la mayoría de las capitales de provincia y poblaciones importantes.

PARA CONSERVAR LA SALUD Y CURAR LAS ENFERMEDADES

AGUAS MINERALES NATURALES

DE

CARABAÑA

SALINAS, SULFURADAS, SULFATADO-SÓDICAS, HIPOSULFITADAS

Base purgante, NaO,SO 10º HO.-gr. 227 Depurativa NaS-gr. 00,499.

ÚNICAS DE SU ESPECIE

INTERESA A TODOS SABER

1.º Que no existen otras aguas sulfuradas sódicas que las de CARABAÑA. 2.º Que no existe tampoco ningún otro verdadero manantial de aguas purgantes en explotación que el de CARABAÑA.

3.º Que los demás llamados manantiales son solamente aguas recogidas en pozos ó charcos, exudaciones de terrenos salitrosos.

4.º Que en el manantial de CARABAÑA todo es público y todo el mundo puede comprobarlo y tomar el agua al nacer. El más seguro y eficaz medicamento actual de uso á domicilio en bebida y lavatorio.

Purgantes, depurativas, antiherpéticas, anti-escrofulosas y antisifilíticas.—Declaradas por la ciencia médica como regularizadoras de las funciones digestivas y regeneradoras de toda economía y organismo. Son el mayor depurativo de la sangre alterada por los humores ó virus en general.

LA SALUD DEL CUERPO

INTERIOR Y EXTERIOR

Opinión favorable médica universal, con 30 grandes premios, 10 medallas de oro y 8 diplomas de honor. Se vende en todas las farmacias y droguerías de España y colonias, Europa, América, Asia, África y Oceanía.

Depósito general por mayor, R. J. Chávarri

87, ATOCHA 87.—MADRID

DOCTOR DON MANUEL DE ORLEANS CIRUJANO-DENTISTA

Especialista en la construcción y aplicación de bragueros mecánicos inguinales y umbilicales, con los cuales se ejerce toda la presión que se desee sobre la parte afectada por medio de sus mecanismos, consiguiéndose con el indicado sistema la completa curación de las hernias. Pajas de todas clases para señoras y caballeros, artículos de ortopedia, goma é instrumentos de cirugía y toda clase de aparatos ortopédicos.

PREMIADO EN VARIAS EXPOSICIONES

Agua dentrificadora, polvos y calmante eficaz para el dolor de muelas. Dentaduras garantizadas por todos los sistemas conocidos hasta el día. También pasa á domicilio á practicar operaciones, así como á la colocación de cualquier aparato, tanto en la localidad como fuera de ella.

RIOJA, 5.—SEVILLA

XI.

Un instante despues Saint-Maixent desapareció entre las rocas pobladas de arbustos espinosos, que, según hemos dicho, surgian de trecho en trecho, limitando el raso que allí formaba el bosque.

Acababa de perderse de vista cuando resonaron en torno de la marquesa cuatro silbidos que partian de diferentes direcciones.

Al mismo tiempo surgieron de entre los matorrales cuatro hombres de muy mala catadura que se dirigieron hacia Olimpia.

Esta, al ver aquellas figuras de bandidos, se sintió poseída de terror y trató de huir; pero los cuatro hombres le cortaron el paso.

Quiso llamar al marqués, que no debía hallarse muy lejos, pero no le fué posible articular ningún sonido; el miedo le embargaba la voz y le privaba del uso de la palabra.

Los cuatro bandidos siguieron adelantando hasta llegar muy cerca de Olimpia.

La jóven reunió todas sus fuerzas, procuró recobrar su valor, y con voz desfallecida balbuceó:

—¿Qué me queréis?

Uno de los bandidos se quitó su sombrero sucio y deformé, hizo una grotesca reverencia y apoyando la mano sobre el corazón, respondió:

—Tranquícese la señora marquesa, pues no le haremos daño alguno.

—Os pregunto qué me queréis. ¿Sois ladrones?

—Ladrones nosotros!—replicó el interlocutor de la hermosa Olimpia con un gesto de cómica indignación.—La señora marquesa ofende á unos pobres infelices que, lejos de tener malas intenciones, traen una misión que les honra; somos los agentes diplomáticos de una reconciliación conyugal; venimos en busca de la señora marquesa, de parte de su marido el muy noble y poderoso señor marqués de Auvray de Chavigny, que no puede vivir más tiempo privado de la agradable compañía de su jóven esposa.

—¿Y si yo me niego á seguirlos?—preguntó Olimpia, estremeciéndose de pies á cabeza.

—No creo que la señora marquesa se niegue, pues demasiado ve que somos los más fuertes. Por lo demás, nada tiene que temer de nuestra parte; se le guardarán las más exquisitas consideraciones, y si la señora marquesa entra en razón, como no lo dudo, y nos acompaña de buen grado, no nos veremos en la triste necesidad de atarla y amordazarla.

—¡Mise! ¡ables! me habeis atacado porque me creais infame. Pero no estoy sola; pronto vendrán en mi auxilio.

—Sabemos muy bien que la señora marquesa cuenta con la protección de un caballe-

ro; pero somos cuatro, armados hasta los dientes y resueltos á todo: si ese caballero comete la locura de meterse en lo que no le importa, sabremos lo que hacer con él. Si la señora marquesa estima en algo la vida de su defensor, me permitirá aconsejarla que se decida á seguirnos. El señor de Chavigny, privado desde hace largo tiempo de la presencia de su amada esposa, se impacienta y desmejora considerablemente; no le hagamos esperar. A pocos pasos de aquí tenemos nuestros caballos; dígnese, pues, la señora marquesa seguirnos.

—¡Nunca!—respondió Olimpia con energía.

—¿Lo dice terminantemente la señora marquesa?

—¡Sí, cien veces sí!

—Entonces, ¡á grandes males, grandes remedios! Nuestra intención era hacer las cosas pacíficamente y sin violencia; pero la señora marquesa nos obliga á apartarnos de nuestro propósito, y ya que la persuasión no sirve de nada, haremos uso de la fuerza. ¡Eh! ¡ayudadme, compañeros!

Diciendo y haciendo, el locaz bandido cogió á la jóven por la cintura y la cargó al hombro, á pesar de los vigorosos latigazos que la jóven le asestaba en la cara.

Otro de los bandidos cogió la mano á la marquesa y le arrancó el látigo, mientras que los dos restantes pasaban alrededor del cuerpo una larga faja de que iban provistos, con lo cual lograron paralizar sus movimientos.

Después los cuatro juntos echaron á correr con su prisionera, dirigiéndose hacia lo más cerrado del bosque.

Ya hemos dicho el efecto que en un principio había producido á Olimpia el terror.

La inminencia del peligro le hizo recobrar la voz, y con toda la fuerza de sus pulmones gritó:

—¡A mí señor de Saint-Maixent, á mí!

En aquel mismo instante el marqués apareció entre los árboles, á poca distancia de allí, trayendo del diestro el caballo, que le seguía dócilmente.

A los clamores de Olimpia respondió con un ronco grito, y desentainando su espada, se lanzó hacia los cuatro bandidos.

Estos, apurados con su carga, no podian ir muy de prisa, y era evidente que el marqués los alcanzaría antes de que hubiesen llegado á la espesura del bosque.

—¡Cuernos de Satanás!—dijo con tono burlesco el hombre que llevaba á Olimpia;—no tenéis compasión de vuestros amigos! ¡Acabáis de pronunciar la sentencia de muerte de ese caballero! Somos hombres de bien, y el homicidio no entra en nuestras costumbres por consiguiente, sobre vuestra conciencia caerá el que vamos á cometer. ¡Alto aquí, amigos! acordaos de que el señor de Chavigny nos recompensa con generosidad nuestros servicios

y debemos ganar honradamente nuestro dinero.

Los cuatro bandidos giraron sobre sus talones y amartillaron cada uno una pistola.

Saint-Maixent adelantaba con rapidez, blandiendo la hoja fina y flexible de su espada.

Cuando se halló al alcance de la cuadrilla, el que llevaba en ella la palabra le gritó:

—¡Si dais un paso más, os saltamos la tapa de los sesos.

—¡Miserables!—gritó el marqués; y lejos de detenerse, aún corrió más aprisa.

—¡Fuego!—dijo el primer bandido.

Cuatro detonaciones resonaron á un mismo tiempo.

Olimpia, despavorida, creyo ver á través de una nube de humo á Saint-Maixent, que vacilaba, próximo á caer; pero sin duda fué una ilusión, pues en vez de caer nuestro héroe, de un salto prodigioso se lanzó sobre los bandidos.

Esto llevaban espada al costado, lo mismo que si fuesen caballeros; desentainaron rápidamente y agudaron á su agresor á pié firme.

La marquesa no se desmayó, merced á la sobreexcitación nerviosa que la sostenía; mas, á pesar suyo, iba perdiendo el sentimiento de la realidad; parecíale un sueño cuanto veía.

Trabóse en su presencia un combate extraordinario, el combate de un hombre solo contra cuatro espadachines; lucha formidable, que recordaba las prodigiosas hazañas de la época caballeresca.

El marqués hacía frente á todos sus adversarios á la vez. Multiplicábase, con una agilidad casi fantástica, para evitar cuantos ataques le dirigian. La hoja de su espada, semejante á un juguete de niño, encontraba sin cesar los larguissimos espadones de los cuatro bandidos, y del choque continuado de los aceros brotaban chispas.

Un hombre cayó murmurando una blasfemia.

—¡Y va uno!—gritó Saint-Maixent, cuyo estoque siguió revolviéndose con incansable rapidez.

A los pocos minutos cayó al suelo un segundo bandido, lanzando sordas exclamaciones de dolor.

—¡Y van dos!—dijo el marqués;—¡ahora la partida es igual! ¡ya les llegará el turno á los otros dos!

Pero los otros no parecieron dispuestos á aguardar la próxima realización de aquella promesa; se dieron prisa á retroceder, poniendo piés en polvorosa con notable ligereza.

Saint-Maixent los persiguió hasta que hubieron desaparecido en la espesura del bosque y volvió á reunirse con la señora de Chavigny.

—¡Ah!—murmuró el marqués con voz en-

trecortada y jadeante;—¡estais sana y salva, gracias al cielo!

—Y gracias á vos, amigo mio—repuso Olimpia.—¿No estais herido?—preguntó con viveza.

—¿Herido?... No, creo que no. No siento dolor alguno, por lo menos.

—Pero ¿y los pistolazos que os han disparado?

—Los muy torpes no han sabido apuntar; su conciencia ha hecho que les temblara el pulso.

—Sin embargo, ¡esa sangre!... balbuceó la jóven poniéndose muy pálida.

En efecto, distinguíanse algunas gotas de sangre sobre los encajes de la camisa del marqués. En el calor de la refriega la punta de uno de los espadones, manejado con poca habilidad, había rozado ligeramente el pecho del caballero y desgarrado un poco la piel.

—Esto no es nada—dijo el marqués despues de un corto examen;—un arañazo que se curará con algunas gotas de bálsamo. No pensemos más en una cosa que tan poco lo merece, y decidme si es que lo adivináis, cuál ha podido ser el objeto de la tentativa de esos miserables.

—Se vanagloriaban de ser enviados por mi marido, el marqués de Chavigny, para apoderarse de mí y llevarme á su casa de grado ó por fuerza.

—¡El hombre cuyo apellido llevais se atreve á recurrir á tan odiosos medios!—exclamó Saint-Maixent.—¡Olvida por ventura, que el fallo soberano de los tribunales ha ordenado el divorcio y os ha devuelto vuestra libertad? ¡Está loco!...

—El marqués me aborrece y quiere satisfacer su odio.

—¡Si, tenéis razón, eso debe ser. Afortunadamente, sus cálculos han salido fallidos; no creo que le queden ganas de hacer nuevas tentativas. Pero no permanezcamos ni un minuto más al lado de esos repugnantes cadáveres: volvamos al palacio; ahí está Ralph. Venid, querida Olimpia; marchemos pronto.

El caballo de nuestro héroe, el fogoso Ralph, dócil ya y obediente, esperaba paciendo la hierba muy sosedado.

Saint-Maixent le cogió del diestra y le llevó hasta el sitio en que se encontraba la jóven, á quien levantó en brazos y colocó sobre la silla.

Olimpia palideció mortalmente.

—¿Qué tenéis?—preguntó Saint-Maixent con viveza.

—Me siento muy débil—repuso la jóven con voz desfallecida.—Me ha impresionado tanto lo que acaba de suceder, que apenas puedo sostenerme... Me parece que voy á caer...

Y, en efecto, vacilaba.